

creía en aptitud de sustentarlos aquel mismo día, si el General Director lo ordenaba. Este no se hizo de rogar, y sin demora fijó el día y por lugar el Castillo de Chapultepec. Luego, luego, se esparció el rumor de la respuesta que Juan Cano había dado al General García Conde, calificándose por algunos de juvenil petulancia. Querían otros ver cómo satisfacía al Sínodo un alumno de la Escuela Central de París, así es que el día marcado concurren á Chapultepec, los militares más instruidos, los Profesores del Colegio Militar, algunos de Minería y un gran número de alumnos de las escuelas de ingenieros y artillería. Tres horas duró el primer examen y cuatro horas el segundo y tercero, tratándose en ellos las materias que la ley vigente exigía saber á todo aquel que aspiraba al título y empleo de ingeniero militar. Disertó con maestría y profundidad el joven examinado, y con fácil palabra y despejado ingenio, mostró la sólida instrucción que poseía y alcanzó no solamente la aprobación unánime, sino la simpatía de los severos sinodales. Uno de los asistentes, el General Chavero, testificaba que los exámenes fueron muy lucidos, y que Cano había obtenido las notas más honoríficas y sobresalientes de un jurado muy competente. Tan cumplido éxito, le abrió las puertas del cuerpo de ingenieros y le atrajo la amistad y benevolencia de muchos hombres de positivo valer en la carrera militar y en la política. El Gobierno le expidió el despacho de Capitán de ingenieros, y con este grado ingresó al ejército nacional.

## IV.

No tardó en presentarse ocasión favorable de mostrar su pericia é inteligencia. A pesar de los conflictos con Francia ó aprovechándose de ellos el Capitán Longinos Montenegro, se rebeló en Tampico el 7 de Octubre de 1838, contra el gobierno establecido, secundando los esfuerzos que para restablecer el sistema republicano federal hacían, desde 1837, Don Valentín Gómez Farías y el padre Alpuche en México, Gordiano Guzmán en Michoacán y el General Urrea en Sonora. Los rebeldes de Tampico, entraron en relaciones amistosas con los franceses anclados en Veracruz, y aprovecharon la circunstancia de que el gobierno nacional tuviese concentrada toda su atención en defenderse del invasor extranjero, para vigorizar sus fuerzas y extender su campo de acción. No sólo Tampico sino también Matamoros, Tuxpan y Soto la Marina, estaban en poder de los sublevados, y cuando ya la paz estaba firmada con Francia, se sintieron suficientemente poderosos para movilizar sus fuerzas y amenazar á la plaza de Puebla, con un ejército al mando del General mexicano Urrea y del cubano José Antonio Mejía. El General Gabriel Valencia con las fuerzas del gobierno, los atacó y derrotó en Acajete el 2 de Mayo de 1839.

Mientras esto acontecía, ya el Presidente Bustamante en persona, llevando por segundo Jefe á Don Mariano Arista, había salido de México el 18 de Marzo, con una fuerte división para destruir á los rebeldes en su guarida principal, Tampico, que como puerto de mar,

les suministraba abundantes recursos. El Presidente daba mucha importancia á la toma de Tampico, y no puso mano á la empresa sino después de conferenciar largamente con el Sr. Don Luis Cortazar, inteligente y experimentado gobernador de Guanajuato, y de haber reunido recursos suficientes de gente, municiones de boca y guerra, y todo lo necesario á no fracasar en la campaña. Cuando la división se dirigió á Tampico, se componía de cuatro mil hombres, llevando Jefes muy distinguidos, y por Mayor general al Sr. General Rodríguez de Cela. Tocóle en suerte á Juan Cano ir en esta división como jefe del cuerpo de ingenieros.

Tampico estaba defendido por ochocientos hombres de guarnición, veintiseis cañones de grueso calibre y varias lanchas cañoneras, y mandaba en Jefe el General Urrea, que habiendo logrado escaparse de ser cogido prisionero en la acción de Acajete, huyó primero para Tuxpan y de allí se fué á Tampico, el cual puso en estado de defensa casi inexpugnable. La ciudad estaba defendida en sus flancos por extensas lagunas, ciénagas y tembladeros. El único camino que conducía al puerto, estaba dominado por un fuerte, ocupado por tropas rebeldes, cuyos fuegos mientras no se apagasen, hacían inaccesible la ciudad. El ataque de frente era en extremo riesgoso; por los flancos parecía imposible. No se ocultaron tales dificultades al General Arista al aproximarse á fines de Mayo de 1839, á las cercanías de Tampico. Convocó un consejo de guerra para discutir el plan más adecuado á sobrepujar tan fuertes obstáculos, con el menor derramamiento

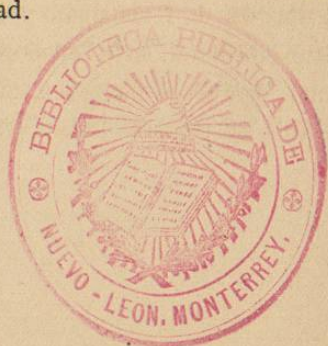
de sangre y con más esperanzas de seguro triunfo, y después de oídos varios dictámenes, adoptó la opinión de Juan Cano, la cual fué no empeñar la acción sin reconocer previamente los flancos del fuerte, porque decía, si estos pueden flanquearse, la toma del fuerte es cuestión de minutos, y una vez rendido, la rendición de Tampico será indeclinable; mientras que si se encontrasen los flancos inabordables, habrá que hechar mano de otros medios más sangrientos y costosos, á que no se debe acudir sino en caso de necesidad apremiante. El mismo Capitán Cano fué encargado de practicar el reconocimiento, y con doscientos hombres se introdujo por aquellas interminables ciénagas, sondeándolas y reconociéndolas perfectamente. Apoyaba su operación una batería, que con el objeto de entretener al enemigo, abrió sus fuegos contra el fuerte, y además se simulaban embestidas á las fortificaciones avanzadas. El Capitán Cano aprovechó bien su tiempo y volvió al campo dando buena cuenta de su comisión; había encontrado un vado, aunque con el agua á la cintura, pero con la ventaja de ser completamente desconocido al enemigo. Por este lado podía ser sorprendido con seguridad. Con tan faustas nuevas, el General en Jefe no hizo esperar sus órdenes; dispuso asaltar el fuerte aquella misma noche y encargó al mismo Capitán Cano de la operación más diestra y peligrosa, de vadear la ciénaga con quinientos hombres y atacar el fuerte por el flanco, en tanto que otra fuerza lo atacaba de frente. Todo se ejecutó exactamente y fué coronado de maravilloso resultado: se va-

dearon las ciénagas, se emprendió el asalto del fuerte, y al alborear el día, el enemigo estaba derrotado y el fuerte en poder del Capitán Cano, después de un corto pero sangriento combate. Desde entonces, dató, según expresión literal del General Arista, la gran reputación de talento y valor que conquistó Cano en el ejército, y que en vez de amenguar, creció más y más hasta su heroico sacrificio en Chapultepec.

La toma del fuerte que dominaba el camino de Tampico, hizo cundir el desaliento en las filas rebeldes. El General Urrea abandonó Tampico, con pretexto de ir en busca de auxilios, y D. Tomás Barberena, comandante de las lanchas cañoneras, se sometió con ellas al gobierno. No quedó más recurso á los rebeldes que capitular, y así lo hicieron por la mediación del Cónsul inglés.

El General Arista entró á Tampico el 4 de Junio de 1839, y el Gobierno creyó con esto haber asestado un golpe formidable á la rebelión.

Así era en efecto, pues con la ocupación de Tampico y Tuxpan, la revolución pareció extinguirse, aunque desgraciadamente para renacer más tarde bajo otra forma. Alucinado con estas esperanzas de paz, volvió el Presidente D. Anastasio Bustamante á México, el 19 de Julio de 1839, y con él el Capitán Cano, cuyo prestigio y reputación le señalaban ya un lugar prominente en la sociedad.



## V.

No permaneció largo tiempo en la Capital, porque á poco de allí estalló un levantamiento en la Sierra de Querétaro, revistiendo carácter amenazador, porque más que apariencias políticas, afectaba un aspecto social. Los belicosos indios de aquella región, encabezados por el General Mejía, se levantaron airados, para arrojar de su territorio á los guardas enviados á destruir sus sementeras de tabaco, en sostenimiento del monopolio legal de este artículo de comercio, que era uno de los recursos del gobierno en aquella época. El tabaco estaba estancado, y lo que es peor el monopolio en manos de unos usureros, que por un plato de lentejas habían comprado la exclusiva de cultivarlo y expendirlo convertido en puros y cigarros en toda la extensión de la República. Privados los indios de su principal recurso de subsistencia, empuñaron las armas, arrojaron de su territorio á los agentes del monopolio y derrotaron las fuerzas que el Gobernador de Querétaro envió á reprimirlos.

Temióse por un instante que los indios sitiasen á Querétaro, cuya pequeña guarnición, después de la derrota sufrida, era incapaz de resistir las numerosas huestes de un enemigo audaz, valiente y resuelto á todo. Se dieron órdenes para que marchasen á Querétaro fuerzas de Guanajuato y de México, y entre estas últimas el Batallón de Zapadores, en el cual servía Juan Cano. Era Gobernador y Comandante Militar de Querétaro, el General Juvera, español venido á México

como oficial subalterno en uno de los batallones que el Gobierno de España envió á México á combatir á los insurgentes. Realizada la Independencia había permanecido en la República y adquirido la nacionalidad mexicana, con la cual continuó en el ejército nacional, hasta alcanzar el grado superior que tenía. Convertido por las circunstancias en Jefe de las tropas que debían operar sobre los indios de la sierra de Querétaro, el General Juvera tuvo á sus órdenes á Juan Cano, á quien destinó con una fuerza de zapadores que puso á su mando, á aproximarse lo más posible á un cerro ocupado por los indios rebeldes, y desde allí observar todos sus movimientos, con expresa prohibición de dar paso alguno sin orden expresa del General en Jefe. Cumplió Cano sus instrucciones, permaneciendo inactivo mientras Juvera reunía sus fuerzas y formaba su plan de campaña; pero hubo un momento de aquellos en que el subalterno debe tener iniciativa para no desaprovechar una ocasión propicia de dar el golpe de gracia al enemigo, y Cano no pudo esta vez contener el ímpetu de su inspiración, que le auguraba un triunfo decisivo. Conoció con evidencia que era fácil dar al enemigo un golpe de mano, que por lo inesperado podría, si no aterrorizarle y á empujarle á solicitar la paz, al menos inaugurar la campaña con una acción brillante que realzase el ánimo del soldado. El éxito dependía del secreto que se guardase, y así, sin decir palabra de su propósito á nadie, salió una noche del campamento con sólo ciento cincuenta hombres bravos y aguerridos de su batallón, se metió en un barranco

profundo que defendía el flanco derecho de la posición enemiga y andando toda la noche, llegó al amanecer á la retaguardia del cerro, que por su altura y situación parecía inexpugnable. Sin ser sentido alcanzó la cima del cerro, y cuando menos lo esperaban, se vieron los indios rebeldes repentina y vigorosamente atacados en los espaldares por una fuerza cuyo grueso ignoraban. Entró la confusión entre ellos, pero no de tal manera que no hiciesen resistencia; la hicieron y muy seria, pero Juan Cano con gran firmeza y decisión, supo vencerla á todo trance, apoderándose de la fortificación y de cuatrocientos prisioneros. En este combate se distinguió por su valor y sagacidad en librarse de caer prisionero un joven de veinte años, que seguido de unos cuantos compañeros, consiguió abrirse paso entre los soldados victoriosos que le rodeaban. Este joven era el célebre D. Tomás Mejía que hacía sus primeras armas y que después tanto se distinguió por su valor y adhesión á su bandera.

Entre los prisioneros había algunos Jefes y Oficiales que temían ser sacrificados al furor de los vencedores. Pronto Cano los sacó de su triste idea. Llamólos á su presencia, tratólos con suma bondad y los tranquilizó, asegurándoles que su vida no corría riesgo é invitándoles á tomar con él el frugal desayuno que el lugar y las circunstancias permitían. Tratamiento tan franco y generoso le captó las simpatías de los vencidos, que siempre el agradecimiento se desborda en el acto de recibir el beneficio, aunque después deje la misma huella que la hélice de un buque en las ondas de la

mar. Se mostraron dispuestos á servir á su noble vencedor, y fué cuando se apersonó con el que parecía más caracterizado de los Jefes vencidos, y se propuso persuadirle la conveniencia de escribir á su General invitándole á terminar tan funesta guerra. Hízolo así el Jefe vencido y uno de los soldados prisioneros llevó la carta. La invitación á la paz surtió su efecto, pues el viernes santo de 1840, se presentaron en el campamento de Cano, situado en la montaña, gran número de indios acaudillados por los Generales Mejía y Sánchez. Cano los recibió del modo más cordial y amistoso, inquirió el motivo de su rebelión y procuró con ahinco insinuarse en su espíritu y captarse su confianza. Contestáronle que no era otro el motivo de su levantamiento, sino la destrucción de sus plantíos de tabaco y la ceguedad del gobierno en sostener el odiado monopolio de un artículo con que libraban su subsistencia tantos infelices. Juan Cano no dejaba de comprender que aquellos sencillos y valientes labriegos, tenían bastantes excusas de su rebelión, pues que defendían la fuente principal de los alimentos de su familia, y movido de un sentimiento generoso, les ofreció que jamás volvería á cometerse la iniquidad de que se quejaban, añadiendo que de seguro el Presidente de la República no sabía aquellos medios inicuos con que se quería conservar el monopolio del tabaco. Los indios y sus jefes, encantados del sincero y honrado lenguaje de su vencedor, mostráronse dispuestos á someterse y en efecto se sometieron. Levantóse una acta firmada por Cano y los Generales Mejía y Sánchez. La guerra quedó terminada, y los

rebeldes volvieron á sus tareas agrícolas, confiados en la promesa solemne de Cano.

El resultado feliz de la atrevida empresa de Cano, parecía deber sincerar su conducta ante sus superiores y hacerles cerrar los ojos respecto de la infracción disciplinaria que había economizado gastos y derramamiento de sangre. No fué, sin embargo, esta la impresión que tuvo el General Juvera al saber la derrota y sumisión de los rebeldes. En su prevenida mente, más pesó la conservación de la disciplina militar, que el brillante triunfo obtenido, y sin ambages mostró su indignación contra el subalterno, que sin orden suya había iniciado las operaciones militares, triunfando contra el enemigo y cuya audacia había llegado al extremo de ajustar la paz. Lo destituyó del mando de su fuerza victoriosa, lo llamó á Querétaro y lo sometió á consejo de guerra. Corrió el rumor entonces de que se le iba á imponer la pena de muerte, pero tal medida hubiera sido en extremo injusta y aun peligrosa, porque la guarnición amaba con entusiasmo á Cano. Éste compareció ante sus jueces, pero no quiso encargar á nadie de su defensa; él mismo se defendió con toda la energía de su carácter y con la elocuente y fácil palabra de que estaba dotado. Su vigoroso razonamiento, la simpatía que inspiraba su proceder y la aureola del triunfo obtenido, pudieron más que la influencia del superior enojado. El consejo, después de madura deliberación, decidió absolverlo.

Entretanto los sucesos se supieron en México, y Don Andrés Quintana Roo, tío del procesado, y que por

sus eminentes servicios á la patria, gozaba de merecido prestigio, pudo conseguir el ministro de la guerra llamase á Cano á México, donde el Presidente de la República, impuesto de todas las circunstancias del hecho de armas, aprobó y reconoció sus buenos servicios, pero no le permitió volver á Querétaro por consideraciones al General Juvera, consideración que éste no supo agradecer, porque un año después, se unió al levantamiento militar organizado por los Generales Paredes, Santa-Ana y Valencia, para derrocar á D. Anastasio Bustamante.

## VI.

Cayó Bustamante y entró Santa-Ana á sustituirlo, nombrado por una junta de militares reunida en Tacubaya, sin legalidad de ninguna especie. El triunfo lo constituyó en gobierno de hecho de la República, y como era lógico, empezó á distribuir los empleos entre sus amigos. Cano nunca le había sido simpático, atendido su carácter franco y sincero, incapaz de ambages ni adulaciones; y así, no lo empleó en el ejército, sino que le envió á dirigir la construcción del proyectado camino de Cuernavaca á Acapulco. Trabajó allí algún tiempo, aunque sin conseguir gran cosa, porque á pesar de sus perseverantes gestiones, no le suministraban los fondos necesarios para la obra. Por haberse quejado sin rodeos y con claridad de los hombres influyentes que se hacían sordos á sus peticiones de recursos, el gobierno lo separó de la dirección del camino.\*

Regresó á México; pero para guardar poco tiempo el sociogo, pues á los pocos meses Santa-Ana, con pretext-

to de una conspiración que dijo haber descubierto para restaurar el sistema federal, mandó arrestar el 30 de Abril de 1843 á Don Manuel Gómez Pedraza, á Don Mariano Riva Palacio, á Don José Ma Lafragua, á Don Mariano Otero, á los Generales Terrés, Torrejón y otros militares, entre los cuales se contaba D. Juan Cano, quien fué expulsado del territorio nacional y obligado á ir á pasar sus tristes horas de ostracismo á la ciudad de la Habana. Allí estaba cuando le visitó el Coronel cubano Don Francisco Sentmanat, y le confió el secreto de su proyecto de invadir Tabasco con doscientos filibusteros enganchados en Nueva Orleans; y aun llegó á tal punto su atrevimiento de insinuarle embozadamente que le acompañase en su malhadada empresa. Cano rechazó con indignación sus insinuaciones por antipatrióticas é infames, hizo cuanto pudo para disuadirle, y le pronosticó el irremediable fracaso en el cual, ciego é imprevisor, vino por justicia á estrellarse.

El gobierno de Santa-Ana permitió más tarde á Cano volver á la República, y le encargó algunas obras de fortificación en Veracruz; pero sujetas á la vigilancia de las autoridades locales, taxativa que impidió su ejecución, por las mil dificultades que opusieron con varios pretextos, al cumplimiento de la comisión. No obstante, Cano hizo un estudio completo y un proyecto de fortificaciones, que reservó para someterlos á un gobierno que tuviese tiempo y voluntad de llevarlos á cabo.

Entretanto la nación entera se mostraba indignada contra Santa-Ana, que rodeado de favoritos, agiotistas é ineptos, llevaba á la República al abismo. Oneroso